

La misión

Elena Baeza Herrera

Esta es una historia que parece cuento, un cuento común y corriente, tan común que empieza como todos los cuentos...

Había una vez un matrimonio feliz que tenía un niño de cuatro años; la esposa había perdido a su segundo hijo al nacer y esperaba el tercero, por lo que ella y su marido estaban muy contentos. Daban por hecho que el bebé que venía en camino sería niño, pues ella no quería niña. Él no decía nada para no contradecirla, pues como la quería mucho jamás opinaba nada en contra de lo que ella decía y hacía.

Por supuesto ya tenían hasta el nombre que llevaría el bebé, se llamaría Luis Alfonso, ya que el niño que murió tenía ese mismo nombre.

Por fin la larga espera terminó, y... ¡Oh sorpresa! ¡Fue niña! una niña sana, robusta y con mucho pelo. Ni qué decir que a su mamá no le agradó; su padre como siempre guardó silencio. Acariciaba a la niña cuando su esposa no lo veía porque esto a ella le molestaba.

Así fueron pasando los años, tres para ser exactos, y la señora supo que estaba otra vez embarazada ¡ahora sí sería niño!

Entre más crecía la niña su mamá menos la quería. Entonces decidió mandarla con su abuela, o sea la bisabuela de la niña, que vivía en un pueblo distante con una nieta que a la vez era la madrina de la niña. Ellas la recibieron con mucho cariño y cuando una vecina le preguntó a la bisabuela ¿cómo es posible que le envíen una niña tan chiquita a usted que está tan grande y ya no puede cuidarla? La bisabuela respondió: estoy encantada, es como si hubiera encontrado una mina de oro; nosotras la cuidaremos. Y desde ese día todos le empezaron a decir Mina.

La niña pasaba un año con su familia materna y otro con su familia paterna, donde también la querían y mimaban, pero ahí no le decían Mina, sino Helen o Elena, nombre que, según supo más tarde, en griego significaba *destructora de hombres*, y en hebreo *antorcha, la brillante, la resplandeciente*. No obstante que la niña era feliz, quería irse con sus papás y sus hermanos.

La niña era muy obediente, pues pensaba que si se portaba mal, sus parientes tampoco la querrían.

A ella le gustaba ser mujer, tener vestidos, sombreros y jugar a las muñecas y a la comidita con las niñas de su edad; pero a la vez quería agradar a sus papás, por lo que a menudo se preguntaba qué haría para ser hombre.

Como no sabía qué hacer le dio por soñar, soñaba que algún día se convertiría en ángel y que volaría y se presentaría en casa de sus papás para decirles: Aquí estoy ¡soy un ángel! Y ellos la abrazarían y se pondrían felices y vivirían así siempre, porque ¿quién no quiere tener un ángel por hijo? Además los ángeles no tienen sexo. Ella se llamaría Ángela, pues de algún modo la tenían que llamar.

Soñaba tanto con esto, que un día que la bisabuela la bañaba, al lavarle la espalda le dijo preocupada; voy a llevarte al doctor, pues tienes los huesos de la espalda muy salidos, esto no es normal. Y la niña al escuchar estas palabras se puso feliz, y en secreto pensó “¡Por fin tendré alas!”.

El médico no supo a qué se debía ese crecimiento y recomendó algunos ejercicios que debía hacer a diario; pero a pesar de que siguieron al pie de la letra sus indicaciones todos notaron que en lugar de desaparecer, los huesitos de la espalda ¡crecían y crecían! hasta que su bisabuela con voz severa dijo: “No hay duda alguna ¡estas son alas!... ¡Tenemos un angelito con nosotros!”.

Claro que esto trajo muchos contratiempos, pues todos se reían de ella, la ropa no le quedaba bien porque es difícil eso de tener alas de la noche a la mañana; para sentarse, para dormir... ¡eran un problema! pero a pesar de eso la niña estaba radiante de felicidad.

Su bisabuela empezó a tejer con hilos de todos colores preciosas cubiertas para alas que combinaran con su ropa, y la

niña se veía a sí misma reflejada en el gran espejo del salón, orgullosa de sus alas.

Ahora venía lo difícil: ¡aprender a volar! Ensayaba todos los días. Primero, temerosa, se tiraba de un pequeño banquito de tres patas; luego se arriesgó a lanzarse de una silla un poco más alta, después se arrojó de la barda que separaba el pequeño huerto de hortalizas —donde crecían los elotes, las zanahorias y las calabacitas— del jardín de las rosas de mil colores que la abuela cultivaba con esmero. Y finalmente, en un verdadero desafío a la fuerza de gravedad, se trepó a la azotea de la casa, desde donde nostálgica divisaba en el horizonte la polvareda del camino que un día la llevaría de regreso a casa de sus padres.

Su pequeño cuerpecito daba cuenta de tanto y tan grande empeño por aprender a volar: golpes, moretones, magulladuras y hasta los rasguños de un gato que dormía plácidamente bajo el sol cuando Ángela le cayó encima sin anunciarse. Sus heridas eran sanadas amorosamente cada noche por su abuela con ungüentos mágicos y palabras de ternura. Después de tanto esfuerzo la pequeña niña mejoró su técnica y ¡por fin lo logró!

El momento tan esperado había llegado: estaba lista para emprender el vuelo de regreso al hogar de sus padres, del cual se había marchado años atrás sin comprender por qué. De esa despedida sólo recordaba un trajecito marinero con colores azules, rojos y blancos que vestía aquella fría tarde, cuando su madre la dejó sobre el polvoriento camino en espera del viejo y destartado camión que la trasladaría a un pueblo desconocido, donde alegres pero a la vez afligidas la esperaban sus abuelas.

Cierto día se despertó muy temprano y en sigilo se puso su mejor vestido y su sombrero, así como su forro de hilos de seda para sus alas. Y voló y voló hasta llegar con su madre. Aún con el corazón agitado por el enorme esfuerzo de mantenerse a flote entre las nubes y por la emoción de regresar a casa, tocó tímidamente la puerta: toc, toc, toc. Para su sorpresa, al abrir, su madre se quedó viéndola, primero fijamente sin reflejar emoción o entusiasmo alguno y después la recorrió fríamente con la mirada

de la cabeza a los pies. Luego con tono grave le preguntó: ¿Qué haces aquí?

La niña, sin salir de su asombro, le respondió muy contenta, llena de felicidad: Vengo a quedarme madre; mírame: ya no soy una niña, ni un niño, ahora soy un ángel, ya puedes quererme como a mis demás hermanos. Su mamá soltó una carcajada que se escuchó en todo el Universo y dijo ¿estás loca? ¿Acaso piensas que por eso te voy a querer? Pues estás muy equivocada, yo no quiero ni niñas ni ángeles; lo que yo quiero es un niño. ¡Vete y no vuelvas! Y cerró la puerta de madera de encino viejo, dejando a la niña asustada, con enormes deseos de llorar y sin saber qué hacer.

En ese momento, procedente de muy lejos, escuchó una dulce voz que le decía: “Ángela, niña, no estés triste, yo sí te quiero; vuela hasta acá que te estoy esperando con los brazos abiertos para darte la felicidad que tanto deseas”.

Después de un tiempo que le pareció eterno, la niña intentó desentumirse y empezó a volar y volar y nunca más se supo hacia dónde se fue, pues se perdió en el infinito y nadie volvió a verla; voló hasta llegar al cielo y ahí fue feliz para siempre.

Y entonces supo que los ángeles deben estar con Dios.

Pero en Saucillo y los pueblitos de los alrededores, como Rosales, Naica y las Alvareñas, cuentan los más viejos —que son quienes saben de historias— que por las noches se percibía el fino revoloteo de unas alas invisibles; y cuentan también que en las noches de verano, después de que la lluvia cesaba, un ser mágico se confundía con las luciérnagas, revoloteando entre ellas; se introducía sigilosamente por las ventanas y con voz suave y dulce como de niña, arrullaba y decía palabras de consuelo y untaba pomadita de ternura en los corazoncitos raspados de los niños tristes que habían sido abandonados, o en los de aquellos que habían quedado huérfanos o pensaban que sus papás no los querían.

Al día siguiente esos niños despertaban alegres y no sabían si la extraña paz de sus corazones era realidad, sueño o fantasía.

Esa fue la misión de la niña de mi cuento en la Tierra; misión que perdurará por siempre.